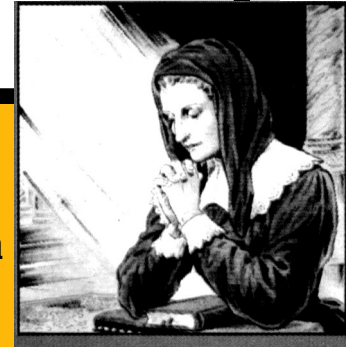


**Triduo en honor a
Santa Luisa de
Marillac**

Mayo, 2018

En la conmemoración de
los 50 años del
fallecimiento de Sor Susana
Guillemin



Primer día

Vida de oración

Triduo en honor a Sta. Luisa

sencillamente para hacer posible
el compartir,
como Tú, Señor.

Ambientación para el lugar

- Una imagen de Santa Luisa y Madre Guillemin
- Un lazo con un nudo
- Un letrero con la frase: “**Señor enséñanos a orar**”

Inicio: Canto, salmo, oración, texto del Evangelio u otro

Reflexiona

Cuando habla Dios

Un hombre susurró: Dios, habla conmigo.

Y un ruiseñor comenzó a cantar. Pero el hombre no oyó

¡Entonces el hombre repitió: Dios, habla conmigo

Y el eco de un trueno, se oyó. Mas el hombre fue incapaz de oír.

El hombre miró a su alrededor y dijo: Dios, déjame verte.

Y una estrella brillo en el cielo. Pero el hombre no la vio.

El hombre comenzó a gritar: Dios, muéstrame un milagro

Y un niño nació. Mas el hombre no sintió el latir de la vida.

Entonces el hombre comenzó a llorar y a desesperarse: Dios, tócame y déjame saber que estás aquí conmigo... Y una mariposa se posó suavemente en su hombro.

El hombre espanto la mariposa con la mano y desilusionado continuó su camino, triste, solo y con miedo.

«Las almas verdaderamente pobres y deseosas de servir a Dios deben tener gran confianza en que al venir a ellas el Espíritu Santo y no encontrar resistencia alguna, las dispondrá convenientemente para cumplir la Santísima voluntad de Dios, de debe ser su único deseo.»
(Santa Luisa, E.87, A.25)

Escucha

Madre Susana Guillemin

“Durante todo el día Cristo nos ha hablado a través de los hombres y de los acontecimientos. ¿Hemos reconocido su voz? El tiempo de

Anexo:

Si desean pueden utilizar el siguiente salmo para cualquiera de los días.

“Compartir”

(“Al viento del Espíritu”, de Florentino Ulibarri, Ed. Verbo Divino, Estella [Navarra] 2004, pág. 300).

Partir con quien nada tiene,
pero que es digno de todo
a sus ojos
y a los de Dios

Partir no sólo lo sobrante,
también lo que hemos robado,
lo que hemos trabajado,
y hasta lo necesario.

Partir por justicia, por amor,
por encima de lo que es legal,
sin llevar la cuenta,
hasta que el otro se sienta a gusto.

Partir con sencillez y entrega,
sin creerse superior o mejor,
sin exigir cambio
o reconocimiento.

Partir evangélicamente,
en todo tiempo,
en todo lugar,
en toda ocasión,
ahora.

Partir,
o, al menos, intentarlo,
nunca en soledad,
siempre en compañía,
nunca para salvar,
y menos aún para sentirse salvado;

la oración es el momento en que debemos considerar con el Cristo del Sagrario si hemos sabido reconocer al Cristo de nuestra vida.

Llevemos a la oración toda nuestra vida, y reanudemos nuestra vida con una mirada nueva tomada en la Oración, abierta al Señor que está presente y vive entre nosotras. ¡Cómo debemos excitar en nuestros corazones un deseo intenso de llegar a esa vida de oración y de contacto con Dios”. (1º de enero de 1963)

Santa Luisa de Marillac

“Nuestra conversación interior con Dios debe ser, a lo que me parece, el recuerdo habitual de su santa presencia, adorándole al dar las horas, haciendo actos de amor hacia su bondad, trayendo a la memoria lo más que podamos, los motivos que más nos han impresionado en la oración y principalmente los afectos y resoluciones que durante ella hemos formado para corregirnos y adelantar en este santo amor [...]

Debemos intentar también que todos los objetos que se presentan a nuestros sentidos nos sirvan para elevar nuestro espíritu hacia Dios, unas veces mirándolos como creados por su mano omnipotente, otras considerando los designios de Dios al crearlos, que casi siempre son en provecho del hombre para que éste se lo agradezca.” (E. 104)

Ora y Comparte

1. ¿He estado atenta hoy al Señor?
2. ¿Cuál ha sido la línea directriz de mi jornada?
3. ¿Qué nudos me impiden acercarme más a Dios?
Escríbelo en el papel donde está el nudo y ofrécelo.



Oración Final

Señor, enséñanos a buscar,
a no conformarnos con el silencio, a preguntar, a escuchar.
Enseñanos a llamarte, sin resignarnos al ruido vacío.

Ayúdanos a descifrar esa forma tuya de hablar,
a adivinar tus huellas en lo que nos ocurre cada día.

Despierta tu voz que late dentro,
aunque a veces ni nos demos cuenta.

Señor, Enséñanos a orar. Amén

Segundo día

Servas de los pobres

Ambientación para el lugar

- Una imagen de Santa Luisa y Madre Guillemin
- Un corazón y unas manos.
- Un letrero con la frase: **Dame un corazón compasivo**

Inicio: Canto, salmo, oración, texto del Evangelio u otro

Reflexiona

Durante su estadía en la ciudad de París, el poeta alemán Reinero María Rilke pasaba todos los días por un lugar donde se hallaba una mendiga. Ella estaba sentada, espaldas a un muro de una propiedad privada, en silencio y aparentemente sin interés en aquello que solía ocurrir a su alrededor.

Cuando alguien se acercaba y depositaba en su mano una moneda, rápidamente con un ademán furtivo guardaba ese tesoro en el bolsillo de su desgarrado abrigo. No daba nunca las gracias y nunca levantaba la vista para saber quién fue el donante. Así estaba, día tras día, echada de espaldas contra aquella pared.

Un día, Reinero María pasó con un amigo y se paró frente de la mendiga. Sacó una rosa que había traído y la depositó en su mano. Aquí pasó lo que nunca había ocurrido: la mujer levantó su mirada, agarró la mano de su benefactor y, sin soltarla, la cubrió de besos. Enseguida se levanta, guarda la rosa entre sus manos y lentamente se aleja del lugar.

Al día siguiente no se encontraba la mujer en su lugar habitual y tampoco durante el día siguiente y el subsiguiente; y así durante

tender la grandeza de esta vocación cuando dice a sus apóstoles: «no sois vosotros, sino Yo quien os he elegido» (Sta. Luisa, E. 201 y 211)

Ora y Comparte

1. ¿Tenemos más méritos que otras para ser seleccionadas por el Señor?
2. ¿Lo hemos dejado todo y a nosotras mismas para seguir a Jesús?
3. Empezaré una meta, un propósito para mejorar mi seguimiento a Jesús



Oración Final

Señor, hoy también hay un inmenso gentío que camina mal-trecho y como ovejas sin pastor.

Hoy también la mies es mucha y pocos los obreros.

Tú, que nos dijiste que en esos momentos rogáramos al Dueño para que enviase obreros a su mies, escucha nuestra oración. Te pedimos por todas nosotras que entregamos la vida para propagar tu Evangelio.

Guíanos con tu sabiduría, Confortanos con tu Espíritu. Anímanos en la debilidad.

Aumenta la Fe para perseverar en la entrega.

Danos fuerza para seguir predicando tu verdad.

Haz que la doctrina y testimonio sean semilla de ideales nobles en los jóvenes, de inocencia en los niños, de bendición en las familias, de paz en las naciones, de amor y esperanza en todos.

Suscita corazones generosos que, siguiendo nuestro ejemplo y entrega, hagan realidad la venida de tu Reino. Amén.

Luego, con cuidado, tomó aquella copa de barro, la compuso, la limpió, la llenó y se dirigió a ella con simpatía:

-Este es el trabajo que quiero que desempeñes: dar a los demás lo que yo te doy a ti.

Escucha

Madre Susana Guillemin

«Mis carísimas Hermanas, temenos que trabajar con ardor y perseverancia para renovarnos espiritualmente.

Y ¿en qué consiste esta «renovación» que se nos pide? Consiste, en primer lugar, en encontrar de nuevo la gracia del primer llamamiento, de la que surge impetuosa el agua de vida; esa frescura de sentimientos, esa vision deslumbradora de las cosas sobrenaturales, esa capacidad para buscar a Dios incesantemente, propios de la juventud espiritual y que encontramos a veces tan vivos en algunas Hermanas ancianas que han conservado el ardor de sus años juveniles. Juan XXIII es modelo perfecto de esta juventud de alma, renovada sin cesar, capaz de mantener a un hombre hasta en su vejez en una disponibilidad total a la gracia y de hacerle apto, por el desprecio de sí mismo, para el más alto servicio de Dios».

(Madre Guillemin, 1º de enero de 1967)

Santa Luisa de Marillac

«¡Ah! ¡qué dicha, Hijas mías es para toda la Compañía la seguridad de esta vocación! Pero qué dicha para vosotras el haber sido elegidas entre tantas como hay en la Compañía que lo hubieran hecho quizá mejor. Y de esto no debéis dudar.

Pero, Hijas mías, ¿por qué es tan gran dicha esta vocación? [...] La primera es que es Dios quien os llama. Ser llamada por todo un Dios, ¡qué admirable vocación! Y esto se conoce por la queja de Dios mismo da cuando hay quienes quieren injerirse en trabajar a su servicio sin que El las haya llamado. También el Señor da a en-

toda una semana. Con asombro, el amigo le consulta a Reinero María acerca del resultado tan angustiante de su dádiva. Rilke le dice: "Se debe regalar a su corazón, no a su mano."

Escucha

Madre Susana Guillemin

«Por todas partes, temenos que ser «siervas» de los que nos rodean y «siervas» de los que nos contemplan.

Hay individuos que se han visto atraídos hacia Dios tan sólo por ver pasar a una Hija de la Caridad. Había un pobre hombre que veía todos los días pasar a una Hermana que iba a servir a los pobres. Era una verdadera Hija de la Caridad, muy sencilla, muy modesta, profundamente unida a Dios. Ahora bien, la Hermana murió, y, aquel hombre dijo: «¡Qué desgracia! ¡Ya no pasará más Dios por aquí!» Aquel hombre se tenía por incrédulo, y casi sin darse cuenta, la vista de aquella Hermana le había impresionado de tal forma que la fe se despertaba en él, sin que apenas lo advirtiera. A través de la Hermana, había sentido a Dios. » (Eco 1964, 413-416)

Santa Luisa de Marillac

« Una de las cosas que más necesitan nuestras Hermanas para que Dios bendiga sus trabajos y los haga redundar en su gloria, es tener contento al pueblo; si por todas partes se da esta misma necesidad, más aún en ese lugar: el pueblo tiene especial cariño por la casa del hospital y es necesaria gran dulzura y cordialidad para ganarse a la gente; [...]

En lo que se refiere a su comportamiento con los enfermos, ¡por Dios! Que no sea para salir del paso, sino llenas de afecto, hablándoles y sirviéndoles con el corazón; informándose con detalle de sus necesidades, hablándoles con mansedumbre y compasión, proporcionándoles sin importunidad ni agitación la ayuda que sus necesidades requieran y sobre todo poniendo gran celo en su salvación.» (Santa Luisa, Cf. E. 181 y 182)

Ora y Comparte

1. ¿Constituye mi vida para los que me rodean un claro testimonio del amor de Dios?
2. Por ser creada a imagen de Dios tengo muchos valores y dones. De esta riqueza que poseo, ¿qué puedo compartir u ofrecerle a los pobres? Puede concretizarlo en una frase (mi tiempo, escucha etc.)
3. ¿Tienes una mirada de compasión hacia quienes sirves? Aprovecha este momento para decir en tu corazón «Señor, dame tu corazón compasivo».



¡No pongas límite a tu capacidad de amar!

Oración Final

Ayúdanos a cambiar, Señor, para mirar las cosas, el mundo, la vida con tu mirada y desde tus ojos.

Sana nuestras cegueras que nos impiden ver el dolor y el sufrimiento de los que caminan al lado, de los que viven en nuestro mundo, bajo nuestro mismo sol. Sacude nuestro corazón para que aprendamos a ver con los ojos llenos de Evangelio y Esperanza de Reino.

Corre ya el velo de nuestros ojos para que, viendo, podamos conmovernos por los otros, y movernos desde lo profundo del corazón, para acudir a dar una mano, y la vida toda, a los que están caídos y rotos en las cunetas de los caminos, a los leprosos de hoy día, a los que esta sociedad injusta ha tirado a un costado porque no cuentan, o no interesan, o no son rentables a las leyes del mercado.

Ayúdanos Señor a ver, y a cambiar... a verte y a optar... a utilizar esa mirada maravillosa que nos dejaste para mirar el mundo, la realidad, la vida: la mirada del Evangelio, para ver con tus ojos de Dios, para sentir con tu corazón compasivo, para actuar llevados por la fuerza y el fuego comprometido de tu Espíritu, para hacer posible, ya aquí en la tierra, el mundo nuevo que esperamos, el Reino de los cielos.

Así sea.

Tercer día

La vocación

Ambientación para el lugar

- Una imagen de Santa Luisa y Madre Guillemin
- Sandalias
- Un letrero con la frase: **Llamó a los que él quiso.**

Inicio: Canto, salmo, oración, texto del Evangelio u otro

Reflexiona

Un mesonero buscaba una vasija para un estimado cliente.
-Elígeme a mí –grita una copa dorada-. Brillo y estoy reluciente. Mi belleza y lustre superan a los de todas las demás. ¡El oro es lo mejor!

El mesonero siguió inspeccionando sin decir una sola palabra. Se quedó mirando una copa plateada de silueta curvilínea y alta:
-Estaré en tu mesa siempre que te sientes a comer. Mi diseño es elegante. Además, la plata viste mucho.

Sin prestar mayor atención a lo que oía, el mesonero puso sus ojos en una copa de bronce. Estaba pulida, y además era amplia y poco profunda:
-¡Fíjate, fíjate! –gritaba la copa-; sé que te serviré. Colócame sobre la mesa para que todos me vean.

-¡Mírame! –suplicó la copa de cristal-. No oculto nada, soy transparente y clara como el agua de un manantial. Aunque soy frágil estoy segura de que te haré feliz.

Por último el mesonero reparó en una copa de barro cocido. Estaba algo rota, sucia, polvorienta y arrumbada en un rincón de la bodega.

-¡Aaaaah! Ésta es la copa que andaba buscando. La arreglaré la limpiaré y la utilizaré. No busco una que esté orgullosa de sí misma. Sólo necesito una sencilla copa de barro, resistente y fuerte en la que el continente no distraiga de la calidad de su contenido.